



La carne de Cristo. Sobre el papel del cuerpo en el cristianismo

Vanessa Larios Robles

Desprecio y abandono al cuerpo, así como amor y respeto a él, son ámbitos del mismo fenómeno. El ámbito de lo religioso, acoge esta contradicción. Bajo la concepción cristiana, se le ha de despreciar y abandonar porque es piedra en el camino a la salvación, pero también se le ha de amar y respetar como si fuese el cuerpo propio, el cuerpo de una divinidad que ha bajado de las nubes de cuyas sombras apareció Dios vuelto carne.

La religión pretende ser un proyecto de salvación del hombre, o lo que queda de acuerdo a ella, del hombre después de su muerte: el alma. El cuerpo deberá ser entrenado para que no niegue con su intrínseca mundaneidad, la entrada a la eternidad. El hombre es proyecto, anticipa las posibilidades de su constitución existencial, pero cuando la religión se adelanta a pensar el proyecto como plan de salvación de ese mundo donde el hombre en primera instancia vive; le niega al hombre la permisión de llegar a ser lo que es, porque el hombre proyecta en el mundo, su posibilidad de existir; la religión proyecta la posibilidad de no existir aquí, sino allá, de que el alma trascienda y el cuerpo duerma. Difícilmente bajo el discurso religioso, se puede evitar la ya tan cansada pelea entre el dualismo alma-cuerpo.

De lo que ha de salvarse al alma es de la vida terrestre y pasajera, ha de liberarse de la carne que la retiene en la superficie, de esta envoltura que le niega la eternidad. La carne por definición es aquello terrenal que mira sólo las cosas del mundo, es además lasciva y lujuriosa. En ella se muestra el cambio, el movimiento, posee tiempo. Sólo en la carne se aprecia la negación de la vida: la muerte y sin embargo se vive en ella, se toma realidad en ella, el ser está invaginado en sí mismo dentro de la carne, se contorsiona ahí mismo cebándose en el dolor de ser finito, allí en su ontología lascivamente terrenal, niega la eternidad. El hombre tiene sed de eternidad, sed que le provoca la permanencia en aquel desierto de dunas color piel, piel que envejece y muere.

Qué mejor forma de sentirse a un paso de la eternidad cuando se abandona y desprecia al cuerpo, qué mejor forma de sentirse cerca de lo espiritual, cuando se pretende vivir una realidad incorpórea, qué forma tan ignorante de estar en el mundo es la del asceta y la del santo.

La carne que es atmósfera en tanto que envuelve lo mismo al perceptor que a lo percibido, como este espacio de lo corpóreo que implica al ser y a la experiencia, se ve reprimida de su propia teleología de mostrar al mismo tiempo al ser y al aparecer y no tiene más remedio que ser un percibir silencioso, anónimo; la carne es acallada por la voz del espíritu que se le atraviesa, se le pone en frente y no la deja ver, sin darse cuenta el espíritu, que sólo la espalda muestra al mundo. La carne es elemento (en el sentido presocrático). Gracias a ella, el mundo ya no es exterior porque ya no hay sujeto que se le contraponga, siendo este sujeto un cuerpo que es ya en sí mismo exterior, pero tampoco es interior, sino un movimiento perpetuo en el que se

confunden el entrar y el salir. La carne es bisagra, permite el movimiento de la ventana que se nos abre al mundo, no a través de la pura razón que piensa, sino de la espina dorsal que me hace vertical. El mundo es horizonte de visión vertical. El ser es plano donde se entrecruzan coordenadas. Mundo y cuerpo trazan líneas, se unen en un punto y se conocen.

El alma niega esta empatía entre cuerpo y mundo o simplemente la ignora, pues qué sentido tiene sentirse familiar con un mundo terreno, si su estancia en él es además temporal, sin trascendencia alguna o lo que es lo mismo, sin importancia alguna. El alma no ha de permitir que el cuerpo se apropie demasiado del mundo o corre el riesgo de que no le permita después ascender. El alma ha de controlar al cuerpo en todo momento para sentir que tiene una especie de dominio sobre un mundo que le es totalmente extraño, cuerpo y mundo han formado una alianza, el alma se sabe extranjera. Si ha de controlarse al cuerpo es porque éste ejerce dominio sobre el espíritu, ha de ser sometido por un amo que es más siervo que señor. El cuerpo no olvida su familiaridad con el mundo; la razón, la niega en la introspección. Y si la religión pretende ser un proyecto de salvación, deberá *religar* el hombre a toda realidad para liberarlo de su solipsismo, estableciendo vínculos liberadores que empiezan consigo mismo.

La vida religiosa pretende ser un ejercicio y una praxis con el fin de la elevación del espíritu y la salvación del alma, con lo cual se adopta la creencia de que la constitución del hombre es primordialmente ser un ente que piensa, un ser despojado de su existencia que sin más, es concreta. El pensamiento queda reducido a la producción de conceptos y con ello, la degeneración de la realidad a un sistema de ideas. Pero ¿cómo es posible hablar de una praxis del hombre que sólo se ha vuelto productor de ideas, dentro de una realidad reducida a lo inmaterial? El hombre se torna una máquina pensante y a una razón instrumental, le basta un cuerpo instrumental.

La realidad como aquello que se nos aparece es material porque es sensible, toma su sentido de los sentidos corporales. En el sutil pudor de la piel, la realidad se imprime y se resguarda en cinco habitaciones. La realidad es un secreto que se murmura sólo al cuerpo. El alma no tiene oídos. No con ello se afirma que toda realidad se reduce a objetos, sino que es el mismo cuerpo quien al mirar un cuerpo desnutrido, también ve que el hambre no es sólo un problema fisiológico. Sin embargo para el alma, el cuerpo sólo es materia inanimada, la cual se encargará de animar y la realidad es apariencia que sólo cubre de un velo visible lo que es invisible. Tanto la realidad como el cuerpo parecieran ser sólo instrumentos para concebir la espiritualidad: el cuerpo como simple sede más o menos cómoda del alma y la realidad como sede de lo espiritual mismo. Ambos recipientes de lo inmaterial. Lo espiritual es algo así como la geografía del paisaje.

Las batallas entre los dualismos alma-cuerpo y realidad-espiritualidad, encuentran una tregua en el símbolo. El símbolo no es algo accesorio, es el encuentro de la posibilidad y lo dado, del acontecer y el suceder, de la profanidad y la santidad. El símbolo es participación de lo espiritual en su figura corporal. Se reúnen en una única imagen lo que muestra y lo mostrado.

El símbolo *incorpora* su sentido en Jesucristo: el Dios que ha tomado realidad terrena en la carne. ¿Por qué Dios habría querido ser hombre? ¿Por qué lo espiritual habría querido ser corporal? No son preguntas con afán de ser respondidas por su obvia complejidad; sin embargo cabe una respuesta intuitiva en ellas: Dios se hizo hombre porque el hombre no puede hacerse Dios o pecaría de vanidad, sólo un ángel se ha querido comparar y ahora habita en los infiernos. La creencia cristiana nos dice que sin Jesucristo, el Dios encarnado, ningún hombre tendría posibilidad de ser salvado porque el pecado provocado por la debilidad de la carne, exigiría de Dios una satisfacción infinita para ser dignamente expiado y como a Dios no le corresponde

expiar y el hombre no puede hacerlo dignamente, luego era necesario un Hombre-Dios, una carne que tuviera voluntad de obedecer hasta la muerte. Jesucristo encarna la paradoja de la salvación: en su cuerpo se encuentran amalgamadas la carne y la divinidad: debe ser divino porque la satisfacción exigida por Dios, sólo puede ser pagada mediante una equivalencia de espíritus y es carnal porque la carne es la razón del pecado.

Y si bien ya hay ironía en concebir un cuerpo divino, ésta se exagera ante la idea de la liberación del alma, salvándola de la vida corporal, derramando sangre de entre la carne. La imagen de Cristo crucificado no sólo pretende mostrar la plenitud de la naturaleza amorosa del hijo de Dios que muere por nuestros pecados, sino que muestra también un cuerpo lastimado. El dolor del pecado lo sufre el alma y lo paga el cuerpo. La imagen del cuerpo ensangrentado de una divinidad me hace tomar distancia, ya no encuentro una analogía entre el cuerpo de Cristo y el mío, el de Él no deviene cenizas, resucita. Ante mis ojos veo la infinita distancia, Dios regresa a su lugar porque su perfección no pertenece a mi mundo.

Pareciera que el cristianismo había dado al cuerpo un estatuto digno, lo había postrado en el trono a la derecha del Padre. El cuerpo del Hijo representaba la unión de Dios con el hombre y por ello Cristo no es hombre, es Verbo encarnado. No encuentro mi imagen semejante a la de Cristo más que como en la superficie de un espejo y no en la profundidad del reflejo de un lago. Cristo es hijo de Dios nacido de una Virgen ¿qué analogía conmigo mismo puedo encontrar yo allí? Me encuentro ante una absoluta desventaja de poderme siquiera aproximar a tal naturaleza. Y si bien Jesucristo es hombre porque posee entre otras cosas, un cuerpo, bien puede objetarse que es un cuerpo que miro ajeno de mi naturaleza por ser poseedor de divinidad mientras que el mío es poseedor de pecaminosidad.

Sin embargo se pueden encontrar posturas que defiendan que el cristianismo es la religión del cuerpo por antonomasia. El sentido de la Trinidad no es otro que el de dar cabida a la Encarnación. Una carne que toma presencia frente a los ojos de los hombres, que pisa el mismo suelo, que se llena de ira, reprocha, se angustia, llora, sangra, come pan y bebe vino. Pan que tras su cuerpo se esconde y vino que corre en sus venas.

El pan y el vino que en primera instancia dan vida al cuerpo, se transforman en sustancias extrañas que tras la Última Cena, se tornan alimento verdadero para la vida eterna, vida en la que el cuerpo ya no encuentra cabida. “Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne y la daré para vida del mundo” (Juan 6-51). La vida del mundo sólo ha de tener sentido como puente para la vida eterna, así como el cuerpo sólo tiene sentido si es medio para el fin último.

El cuerpo en el cristianismo no es jamás fin en sí mismo, ni aún el cuerpo divino. Cristo lo ha de hacer morir, el hombre lo ha de hacer comer para tener dentro la presencia de Dios, bajo tal concepción, comer la carne y beber la sangre de Cristo es la única función digna que se le puede adjudicar al cuerpo, sólo tras la boca tendré de Dios la vida. Una vida despojada de lo corporal en donde el hambre y la sed serán saciadas con fe.

Es por ello que la práctica cristiana de la Eucaristía, más que tener el sentido de ser una verdadera *comunión* en la que me encuentro común con Dios por comer y beber de él, por ser cuerpo igual que él, me enseña que la sustancia material sólo tiene sentido si se transmuta espiritual. La transubstanciación de Cristo en pan y vino, o ahora en oblea y vino más o menos corriente, no es símbolo de cuerpo y sangre humanamente divinos, es fetiche de presencia espiritual, el cristianismo es *paideia* de que la carne debe quedarse bajo tierra, allí negada en el suelo de un mundo que hizo propio para que luego sólo pereciera. La carne no trasciende y es ahí donde encuentra su verdadero valor: pertenecer a un mundo salpicado de divinidad.